

the need for new research. Primary among them is the question of whether sports is always the purview of dominant society. That is, if Jewish sport is a form of “adjusting identities” then can Jews ever be inherently athletic? Another way to put this question is to ask if Jewish athleticism is *always* relational. Along the same vein, is Jewish “adjusting” any different from that of any other group—be they ethnic, racial, or religious minorities? Finally, does the continuing need for “adjustment” highlight both Jewish ability to fully adapt but also failures of dominant societies? That is, are sports in the Americas—like society at large—always coded white and/or Christian? These are some of the provocative questions raised by Rein and Sheinin’s volume which are of immense value to the field of Jewish sport and to sports studies as a whole.

Joshua Nadel

North Carolina Central University

PABLO YANKELEVICH (coord.), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*. México, D.F.: *El Colegio de México*, 2015.

El libro que coordina Pablo Yankelevich abona a una conversación sobre la historia de la migración y de la extranjería en México que en la última década se ha enriquecido y complejizado. La atención de los estudiosos se ha dirigido menos hacia la conformación y las lógicas internas de las comunidades extranjeras, que a explorar la manera en que quienes venían de fuera se insertaron en la sociedad receptora, los imaginarios que engendraron y los dispositivos que creó la autoridad política para controlarlos. Así, la población extranjera se erige, como escribe Yankelevich, en un “extraordinario mirador” (p. 15) para rastrear la construcción contenciosa del Estado y de la Nación. Éste, tema clásico de la historia política, se entrelaza con una cuestión central, que sin embargo ha ocupado, hasta hace muy poco, un lugar marginal e incómodo dentro la historiografía mexicanista: el racismo y el papel que éste ha desempeñado “en la formulación del orden político” (p. 17).

De esta forma, los seis artículos que reúne el libro nos acercan al lado oscuro de la democracia y de la política revolucionaria, de los saberes científicos y de las políticas de salud pública y del nacionalismo. Los dos primeros artículos contextualizan el caso mexicano, insertando el primero la legislación mexicana de esta época —restrictiva y racista— en un marco cronológico y geográfico más amplio: el de la legislación migratoria continental, del siglo XVIII al siglo XX; y rastreando el segundo la forma en que, durante el periodo de entreguerras, los

funcionarios latinoamericanos formularon principios y políticas eugenésicas, a un tiempo comulgando y distanciándose de los de Europa y Estados Unidos. Por su parte, Tomás Pérez Vejo rastrea la forma en que, a pesar de los problemas –retóricos y psicológicos– que generaba la “raza” de la mayoría de los miembros de la nación –indígenas y pobres–, las elites mexicanas constituyeron el “inevitable bucle melancólico de la raza y la nación” (p. 120) en torno al mestizaje.

Los tres artículos que conforman la segunda parte del libro exploran la experiencia de grupos que habían ocupado poco a los historiadores, y que en la época fueron clasificados como “indeseables”, porque eran “inasimilables” dentro de una nación en la que, cuando se enaltecía el “mestizaje”, a menudo se quería decir blanqueamiento y homogeneización. Estos textos analizan el papel determinante y contradictorio que desempeñó el Estado pos-revolucionario y nacionalista en la construcción de sus vivencias, y la forma en que los operadores del poder se apropiaron y manipularon la norma a nivel local. Así, los agentes de Migración en Quintana Roo que estudia Elisabeth Cunin contravinieron la prohibición “terminante” de que se internaran “negros al territorio nacional” (p. 140), plegándose ante las necesidades de mano de obra de un territorio aislado y poco poblado. El análisis que realiza Kif Agustine-Adams del registro de los chinos de Sonora en el censo de 1930, muestra que, a pesar de que la categoría de “raza” había sido desechada por “anticientífica”, los censores creyeron que la nacionalidad podía “verse y oírse”, y transformaron a mexicanos en chinos. Finalmente, Pablo Yankelevich explora la forma en que un antisemitismo peculiar –alimentado por una añeja tradición católica y por la literatura europea, pero vacío de experiencias de contacto y convivencia– apuntaló un discurso que exacerbó y legitimó la xenofobia pero, a diferencia de lo que sucedió a los chinos en Sonora –divergencia sobre la que valdría profundizar–, el gobierno federal procuró desactivar los discursos antisemitas cuando amenazaron con pasar de la palabra a la acción.

Más allá de lo interesante de las experiencias que describe, éste es un libro con muchas virtudes. La amplitud de miras de todos sus autores muestra la importancia, por un lado, de estar atentos a las conexiones, reacciones y circulación de ideas que moldean las experiencias nacionales, y de ponderar y matizar, por el otro, las peculiaridades del caso mexicano. Al desmontar algunos de nuestros mitos más amables –sobre la democracia y el nacionalismo–, arroja luz sobre la complejidad e imprevisibilidad de los procesos históricos. Sobre todo, por la seriedad y mesura con la que analiza al racismo como fenómeno histórico, y por lo tanto enmarañado y cambiante, este libro nos invita a preguntarnos cómo debemos acercarnos al racismo para hacer su historia.

Parece casi inevitable no infundir en las historias de racismo un sentido de misión. Esto, sin embargo, resulta problemático, no porque se pierda la “objeti-

vidad” que supuestamente guía al historiador, sino porque frente a la dicotomía totalizante bueno/malo tienden a desdibujarse tiempo y espacio. Por ejemplo, la atinada crítica que hace Tomás Pérez Vejo al vínculo entre raza y nación, conceptos “indisolublemente unidos” (p. 103), igualmente tóxicos y opresores, niega la polisemia y la evolución en el tiempo de estas construcciones sociales. En la misma línea, Elisabeth Cunin se pregunta si, ante la evidencia de la migración afrobeliceña a Quintana Roo, debemos describir al Estado pos-revolucionario como “racista” (p. 126). El que en la frontera sur rigieran, para patrullar los movimientos de población, sobre todo “lógicas pragmáticas”, no quita que los arquitectos de la política migratoria que daban las órdenes –mediante mensajes cifrados y “confidenciales”– hayan sido racistas. Lo que interesa es dibujar los contornos de este racismo.

Esta compilación muestra lo importante que es y lo llena de posibilidades que está la historia del racismo. Queda –como siempre– abierta la cuestión de la forma de hacerlo. Ta-Nehisi Coates escribe que “la raza es hija del racismo, no su madre. Y el proceso de ‘nombrar’ [...] no ha sido nunca cuestión de genealogía o fisionomía, sino de jerarquía”. Más allá de visibilizar lo que se ha callado, de crear consciencia, de denunciar –objetivos loables para un trabajo de historia, pero no suficientes–, vale la pena revelar lo que las creencias, discursos, actitudes, normas y prácticas racistas nos dicen sobre la sociedad que las produce. Al no hacerlo nos arriesgamos a desdibujar sus contradicciones, su alcance y sus límites, a aislar y reificar al racismo.

Erika Pani

El Colegio de México.

ANNETTE LEVINE AND NATASHA ZARETSKY, *LANDSCAPES OF MEMORY AND IMPUNITY: THE AFTERMATH OF THE AMIA Bombing in Jewish Argentina*. Leiden-Boston: Brill, 2015

El sexto volumen de la serie *Jewish Latin America* que dirige Raanan Rein ha sido consagrado al estudio de algunas insoslayables secuelas durante los años siguientes a la masacre de AMIA en 1994. Estos abordajes interdisciplinarios desde la antropología, la sociología de movimientos sociales, los estudios culturales, comunicacionales y musicológicos, se proponen iluminar el postrauma de la peor acción terrorista perpetrada en Argentina, que costó la vida de 85 personas y numerosos heridos. El aporte académico colectivo –siete artículos de *scholars* norteamericanos y uno firmado por dos universitarios argentinos– se focaliza en tópicos de memoria, impunidad, identidad y ciudadanía, inaugurando una línea